

DOMINGO DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Deuteronomio 8, 2-3.14b-16a): *No olvides al Señor, tu Dios.*

Salmo (147, 12-15.19-20): *«Glorifica al Señor, Jerusalén»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 16-17): *Formamos un solo cuerpo.*

Evangelio (Juan 6, 51-58): *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.*

“¡Huele a pan!”. El olor a pan recién horneado; su fuerza de atracción era tan grande que nadie se excusaba de ir a merendar. Todos los primos estábamos allí. La unidad que se crea en torno a la mesa es más fuerte que cualquier otra cosa que pudiera distanciarnos: no más juegos, no más enfados, no más discusiones, no más quejas, no más pleitos... Más allá del hambre que pudiéramos querer saciar, el sentarnos juntos a merendar creó lazos de amistad para toda la vida, “*porque no solo de pan vive el hombre*”. El olor y el sabor del pan entraron de tal manera a mi vida que no puedo volver a percibir el aroma de pan horneado sin pensar en la casa de mi abuela y en mi remota niñez.

Las experiencias que hemos vivido en el hogar nos ayudan a entender lo que san Pablo quiere decir a los corintios. La participación en la misma mesa de por sí crea unidad: “*El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque todos comemos del mismo pan*”. Cuánto más, al tratarse de la mesa del Señor, quedamos unidos con Cristo al comer el mismo pan partido y beber del mismo cáliz. También quedamos unidos entre todos los que participamos en el banquete. La fuerza unificadora de los alimentos compartidos, sea en el hogar, sea en las fiestas e incluso en las comidas de negocios, es una experiencia innegable.

No es casualidad que en los evangelios encontremos a Jesús, con tanta frecuencia, sentado a la mesa en los más diversos escenarios: en las casas de amigos (como la de Marta, María y Lázaro), en las casas de los piadosos fariseos o en las casas de los ruines publicanos. A veces acogido, a veces invitado, a veces haciéndose invitar y en algunas ocasiones siendo él el anfitrión.

Hoy, Jesús, el Divino Panadero nos invita también a saborear su pan. Pan de la “*Palabra que sale de la boca de Dios*”. Pan de la Palabra que recuerda los orígenes de nuestros antepasados en la fe, un pueblo insignificante y pequeño, sometido, sufriente, esclavizado. Pan de la Palabra que nos acompaña en el camino, a veces largo y pesado. Pan de la Palabra que pone a prueba nuestra fidelidad y nuestra constancia.

La palabra “*pan*” tiene la capacidad de hacernos recordar el alimento sustancial, básico. La palabra “*pan*” tiene esa capacidad evocadora y sintetizadora a la vez: le pedimos a Dios que nos dé el “*pan de cada día*”. El obrero “*tiene derecho a su pan*”. La mayor injusticia es “*negar el pan y la sal*”. ¿Por qué? Porque no hay vida sin alimento, al igual que no hay vida sin respiración o sin agua. Jesús, una vez más, va al fundamento de las cosas y nos habla del alimento, del bueno, del que perdura, del que todo ser humano necesita... y en una pretensión audaz... nos dice que es él. Es más, se ofrece para ser “*pan comido*” por nosotros y de esta forma alimentarnos y “*darnos vida*”.

El pan suele cocerse en bollos o tortas medianas o grandes. ¡Hay que partirlo en pedazos! El padre de familia, en las culturas tradicionales, tiene la misión de “*partir el pan*”. Jesús mismo, parte el pan en los relatos de la multiplicación; parte el pan en la Última Cena y una vez resucitado, parte el pan a los discípulos de Emaús. De nuevo aparece la imagen y el símbolo que se unen a la persona de Jesús: Jesús mismo “*se parte*”, porque su vida se entiende desde la entrega y desde el “*ser para los demás*”. El pan se parte para “*ser comido*”; el sentido último de la vida de Jesús es “*ser comido*” por aquellos que se acercan con necesidad a él.

El pan es del que lo trabaja, es de quien lo vende y de quien lo compra; y es también de los pobres que no pueden adquirirlo. Es, como dice la tradición cristiana “*el pan de los pobres*”. El sentido humanitario inscrito en el corazón del hombre y, más aún, el sentido cristiano, hace que entendamos que el pan no es para almacenarlo o para que se endurezca en nuestras despensas, sino para que se alimente la humanidad. Deja de ser “*mío*” para ser “*de los que lo necesitan*”. Jesús no es para unos pocos que tienen acceso a él; menos aún es para un grupo de “*selectos*”; es para ser alimento y ser comido por el ser humano pobre, hambriento, necesitado. La vida está en alimentarse, está en partirse existencialmente y está en aprender a compartir.

Jesús aún va más lejos. A partir de la imagen real y simbólica del pan, Jesús nos habla de “*comerle a él*”. Dice que el pan del que habla es su “*carne*”. Sigue de forma atrevida por el camino de la “*carne y de la sangre*”, de la persona. Comer su pan, comer su carne y beber su sangre, es entrar en comunión plena con su persona, con su causa, con su mensaje, con sus criterios y con su misión. Los judíos que le escuchan no le entienden; se ponen a discutir qué significa: ¿No está proponiendo Jesús algo parecido a la antropofagia? ¿No está Jesús casi loco? Jesús no está fuera de sí; Jesús nos indica el camino para entrar en la plenitud de la vida: la plena comunión con él.

Esta fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo nos permite introducirnos en el misterio: «*Yo soy el pan vivo... El que come mi carne tiene vida eterna*». Y escuchar a Jesús que nos dice: “*¡Venid a la mesa, mi pan está listo!*”.